

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

BERNARD, Charles André: *Le Dieu des mystiques. Les voies de l'intériorité*. Paris, Éd. du Cerf, 1994. 708 pp. (Théologies). FF. 195.-

Es muy difícil resumir en una breve nota bibliográfica una obra tan profunda. Sin embargo, lo intentaré modestamente para dar una presentación de su contenido.

El A. que desde hace tiempo se dedica a buscar en el misterio del corazón humano y de su relación con Dios, y nos ha dado otros libros de doctrina espiritual y mística, en estas páginas nos ofrece una buena síntesis del "camino espiritual" rastreado y expresado a través de la experiencia y escritos de algunos místicos. El subtítulo: *Las vías de la interioridad* es indicativo para explicar el plan del A. Traza las grandes líneas de la mística cristiana según un plan doctrinal. En los primeros cuatro capítulos se describe la experiencia paulina, la veterotestamentaria y el conocimiento de Dios en el helenismo. Filón, Clemente de Alejandría, Orígenes y Gregorio de Nisa son los Padres que nos revelan distintos modos para llegar a prepararse a la experiencia mística que es don de Dios. La Escritura, el deseo de Dios, el progreso continuo, la pureza de corazón que es un reflejo de Dios y siempre "la fe que obra por la caridad" preparan y abren a la transformación espiritual en el amor. Los otros cuatro, desde el quinto al octavo tratan sobre la doctrina mística de forma específica. El Pseudo Dionisio, San Agustín, Guillermo de Saint-Thierry nos ofrecen la profundidad de su experiencia de Dios, plasmada en sus escritos.

El A. empezando con el sentido de la palabra "mística" va recorriendo el "camino místico". Sus preguntas fundamentales son: ¿Puede el hombre "conocer" a Dios, transcendencia absoluta? ¿Puede unirse la creatura con el Creador en una relación personal de amor?

La benevolencia divina que se revela y se dona, y el esfuerzo del hombre para disponerse con la salida de sí a este Don, van juntos. El hombre, *capax Dei*, que tiende hacia el Bien y lo Bello, recibe, es decir, es *patiens* de lo divino. Dios habita en el corazón purificado. "Dios de mi corazón, Dios, vida de mi vida", dirá San Agustín. Este corazón a imagen

de la Trinidad es capaz de ser transformado en el amor y así amar y dejarse amar por Dios. "Si ves la Trinidad, ves la caridad". Memoria relacionada con el Padre, conocimiento en relación con el Hijo y voluntad con el Espíritu, el hombre puede tender constantemente hacia Dios, término de su deseo. A diferencia de Dionisio Areopagita, San Agustín justifica la actividad simbólica y el ejercicio de los sentidos espirituales. Nuestro A. dirá que es "en la medida en que el hombre se pone enteramente delante de Dios, que su consciencia encarnada se descubre envuelta en un proceso de transformación que engloba hasta el plano sensible". En estas líneas se analizan los escritos sobre el amor de Guillermo de Saint-Thierry para sacar de allí su experiencia del amor. El amor es "affectus" y "effectus", es presencia de los que se aman. En el *Comentario sobre el Cantar*, Guillermo dirá: "Es un bien pertenecerse, pero es mejor estar presentes el uno al otro". La unión perfecta consiste en cuatro momentos: -el impulso de la voluntad (amar a Dios "con todo el corazón"), -el impulso del amor (amar a Dios "con toda el alma"), -el impulso de la caridad (amar a Dios "con todas las fuerzas"), -el impulso de la fruición espiritual (amar a Dios "con todo el espíritu"). El progreso se define así en el *De natura et dignitate amoris*: "Según el progreso de las virtudes, la voluntad crece en amor, el amor en caridad, la caridad en sabiduría." El alma se conforma a Dios: descubriendo su imagen en ella se complace y le concede una semejanza más profunda. El amor mismo es conocimiento y en su *Comentario al Cantar* dirá: "La contemplación posee dos ojos, la razón y el amor... Cuando están iluminados por la gracia se ayudan mucho recíprocamente, porque el amor vivifica la razón y la razón ilumina el amor... En la contemplación de Dios, cuando obra principalmente el amor, la razón cede el paso al amor y se encuentra transformada en una cierta inteligencia espiritual o divina que supera toda razón y la absorbe. Guillermo hereda de San Agustín la intuición de la presencia especial del Espíritu Santo en este proceso de comunión. El tema de la relación de la contemplación cristiana con la humanidad de Cristo será desarrollado a partir de Ricardo de Saint-Victor. Para éste el cuarto grado de la "caridad ardiente" es el del alma que se conforma al abajamiento de Cristo.

Para San Buenaventura que medita la experiencia mística de su Padre Francisco, configurado hasta en su carne con Cristo Crucificado, lo necesario es una absoluta pobreza, la entrega a Dios a través de un abandono total. En su *Itinerarium* habla de grados de contemplación: sentido, ima-

ginación, razón-intelecto, inteligencia y punta del espíritu o chispa de conciencia. Están en nosotros por la naturaleza, deformados por el pecado, restaurados por la gracia; deben ser purificados por la conducta moral, ejercitados por la ciencia, llevados a cumplimiento por la sabiduría. En el misterio de Cristo Redentor se ilumina otro pasaje suyo: Si se debe ser perfecto, es necesario abandonar todas las operaciones intelectuales y que la punta del corazón adhiera enteramente a Dios y sea transformada. Aquí la sabiduría mística y muy secreta que nadie conoce excepto aquel que la recibe, que nadie recibe, si no la desea y no la desea si el fuego del Espíritu Santo no lo inflama íntimamente, ese fuego que Cristo ha enviado sobre la tierra. En los cuatro últimos capítulos el A. presenta un esbozo de teología clásica. Analiza las distintas perspectivas, especulativa en la escuela renoflamenca con el Maestro Eckhart y antropológica-práctica con Osuna y los doctores Carmelitas. Examina las vías de la contemplación, la afirmativa que procede de la fe y se cultiva con el estudio y con condiciones morales y puede llevar a la contemplación por el don de la sabiduría, y la negativa en la que nos acercamos a Dios "por la negación de todos los seres y por un amor de caridad muy ardiente y experimental, envueltos en una tiniebla superluminosa,... en una unión extática, inmediata y muy cierta con el Dios Altísimo", según el Areopagita. Con Dionisio el Cartujo se llega a una síntesis que no opone las dos vías, más bien afirma el principio de la *sinergia* entre la acción del Espíritu y las disposiciones subjetivas. En la pedagogía contemplativa es Santa Teresa de Ávila quien es presentada como la más alta figura, por su agudeza de conciencia y por su itinerario espiritual que ofrece en su "castillo interior". El A. puede llegar a hablar-nos de las últimas etapas de la experiencia contemplativa a través de las obras de San Juan de la Cruz, de Eduvigis y de Angelus Silesius. La sustancia del alma se encuentra transformada por la comunicación de la vida divina y esto se expresa en el plan del conocimiento y del amor que poco a poco invaden el ser. Para concluir, huelga decir que la doctrina mística tiene que alimentar nuestra fe viva, y que la mirada de todos los que han saboreado la "experiencia del amor de Dios" nos invita a emprender y a seguir con fervor el camino de comunión con la Misericordia que espera, o "del Esposo que busca a su Esposa porque goza con ella".

F. Ancona, ocsso